

claro y determinado lo que de ella se pretendía; pero como por instinto, á todo acto, á todo ademán, ¿cómo lo diré?... á todo acto, á todo ademán que atisbos ofreciera de decisivo, esforzabase para desprenderse de quien la tenía cogida por las manos, retiraba los brazos, cruzábalos sobre el seno y se hacía un ovillo, riéndose de un modo extraño, como los niños cuando presumen que se les quiere hacer objeto de una burla que no pueden penetrar, y, riendo, quieren dar á entender que la han comprendido, precisamente para que les sea revelada. En semejante situación, animándosele el semblante y relampagueándole los ojos, no parecía loca y estaba hermosísima, y aquella resistencia, aquella aspereza, imprimiendo á los movimientos de su persona cierta gracia y gentileza, comunicaban extraordinario relieve á la gallarda elegancia de sus formas. Los pocos que lo intentaron vieron que era empresa irrealizable. Se me dijo que uno de ellos, refiriendo un día al médico lo vano é inútil de sus esfuerzos, había dicho: — Mujeres con el sentimiento de la virtud en el cerebro, en la conciencia y en el corazón, he visto muchas; pero mujeres como ésta, que lo tengan en la sangre, en lo más íntimo de su ser, debo confesarlo, no he visto otra. — Sostenían algunos que en los oficiales que le agradaban, presumía ver al suyo, al que la había amado y abandonado. Acaso no fuese cierto; porque de ser así, alguna vez habría dicho algo alusivo á lo que con él le había pasado, y la verdad es que jamás dijo cosa alguna que con ello tuviera relación, y cuando se le dirigía alguna pregunta ó se le decía algo á semejante propósito, no daba muestra de entender ni recordar, y después de haber escuchado con toda atención se echaba á reír. Cuando marchaba un destacamento iba á acompañarle hasta el puerto, y cuando se alejaba el buque lo saludaba con el pañuelo; pero sin llorar, ni hacer ademán alguno de pena ó dolor. Después se encaminaba á hacer sus protestas de afecto al recién llegado, y el último venido parecía gustarle más que los otros.

## V

Regresó el médico al cabo de breve tiempo, y refirió al oficial cuanto acabamos de consignar. Éste, al despedirse, repitió:

— ¡Lástima! ¡es tan bonita!

— En efecto, y por cierto que debía tener un gran temple de carácter, — añadió el doctor.

Y el oficial salió.

Estaba ya la noche muy adelantada y en la plaza no se veía alma viviente. Su alojamiento se hallaba bien situado en la parte opuesta á la del café. Dirigióse á ella lentamente y casi de mala gana. — Estará allí, — se decía, — y aguzaba los ojos, adelantando la cabeza y volviéndola á derecha é izquierda para descubrir si había alguien delante de la puerta; pero inútilmente porque la noche estaba como boca de lobo. Andando, andando, de cada vez más despacio, deteniéndose, mirando, escudriñando...

— Si supiera, — pensó, — que me está esperando un malandrín con el puñal en la mano, me parece que adelantaría con paso más franco y decidido.

Y dió diez ó doce pasos más resuelto.

— ¡Ah! allí está.

La había descubierto. Estaba sentada en el umbral de la puerta; pero con la oscuridad que reinaba, no podía verle el semblante.

— ¿Qué haces aquí? — preguntóle acercándosele.

De pronto no respondió: levántose, acercóse á él hasta tocarle y poniéndole ambas manos sobre los hombros, con suave vocecita y un acento que, oyéndola, se dijera que hablaba lo más razonablemente del mundo, le dijo:

— Te aguardaba... Dormía.

— ¿Y por qué aguardabas? — preguntó el oficial desasién-

dose de aquellas manos que descendieron inmediatamente á cogerle ambos brazos.

— Porque quiero estar contigo, — contestó ella.

— ¡Qué acento! — pensó. — En verdad se dijera que está en su juicio.

Y sacando un fósforo encendiólo y lo acercó al rostro de Carmela para examinar su mirada:

El cansancio, pues había estado andando todo el día, y el breve sueño de que acababa de despertar, quitando á su rostro algo de aquella viveza desusada y convulsiva que le era habitual, y difundiendo en cambio un baño de languidez y melancolía, influían poderosamente en ella: estaba encantadora y nadie hubiese dicho que estaba loca.

— ¡Amor mío! — exclamó Carmela apenas vió iluminada la cara del teniente.

Y adelantando el brazo intentó cogerle la barba entre el pulgar y el índice. Él la cogió de un brazo; cogióle ella con el que le quedaba libre el que la tenía cautiva, clavóle la boca en la mano, besósele y se la mordió suavemente. El oficial se desasí como pudo, penetró en su morada y cerró la puerta.

— ¡Tesoro! — gritó todavía una vez Carmela.

Y sin pronunciar más palabra, sentóse de nuevo en el umbral, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia un lado y se volvió á dormir.

En cuanto al oficial, apenas puso el pie en su habitación y hubo encendido la luz, miró el reverso de su diestra y pudo distinguir la ligera huella de ocho dienteillos, en torno de la cual brillaba aún la humedad de aquella boca convulsa.

— ¡Qué amor tan singular es éste! — dijo para sí.

Y después de haber encendido un cigarro púsose á pasear por la estancia, pensando en las órdenes que debía dar el día siguiente á su pequeño destacamento.

— Vaya, dejémoslo para mañana, — dijo de pronto.

Y pensó en otra cosa.

Sentóse, tomó un libro, leyó algunas páginas; dejólo, volvió á pasear, á leer otra vez y al fin determinó acostarse. Se había casi desnudado del todo, cuando se le ocurrió otra idea. Recapacitó un momento, acercóse á la ventana, cogió la falleba para abrirla... la soltó, movió la cabeza de uno á otro lado y se fué á dormir.

Al otro día, al entrar el asistente de puntillas, quedóse maravillado viéndole despierto, pues no solía despertarse si no le llamaba, y le dijo sonriendo:

— En la puerta, ahí debajo, está aquella loca...

— ¿Y qué hace?

— Nada: dice que aguarda al señor teniente.

El oficial hizo que se reía, y luego, contemplando al soldado que le estaba cepillando el uniforme, dijo para sí:

— Esta mañana trabaja al vapor este muchacho.

Después, en cuanto estuvo vestido, le dijo:

— Mira si está aún.

El soldado abrió la ventana, miró abajo, y le dijo que sí.

— ¿Qué hace?

— Se entretiene con piedras.

— ¿Mira hacia aquí?

— No.

— ¿Está delante de la puerta precisamente, ó á un lado?

— A un lado.

— Vamos, podré escabullirme.

Y bajó. Pero el ruido del sable chocando con los peldaños le descubrió.

— ¡Buenos días! ¡Buenos días! — le dijo la muchacha saliéndole al encuentro subiendo la escalera.

Y en cuanto estuvo junto á él, arrodillósele delante, sacó de su bolsillo un pañuelo, y cogiéndole con la otra mano la pierna por el empeine, comenzó á limpiarle con toda prisa el calzado, murmurando:

— Aguarda, aguarda, un instante no más, un poquitito de

paciencia, querido; nada más que un instante, ¡ajá! así, ahora está bien...

— ¡Carmela! — gritó con ímpetu el oficial.

Y habiendo logrado desasir su pierna con un movimiento brusco, alejóse casi corriendo, entre conmovido y apesadumbrado.

## VI

Al cabo de un mes el médico y el teniente eran amigos íntimos. La conformidad de edad y de carácter, y más que todo el pasarse juntos los días de la mañana á la noche en una población en la cual, si así puede decirse, no había otros jóvenes de sus condiciones, fué causa de que al poco tiempo se trataran íntimamente, y se amaran como si se hubiesen conocido de toda la vida.

Debemos consignar, sin embargo, que durante el tiempo referido, unó de ellos, el oficial, había cambiado completamente en su manera de ser. En los primeros días habíase hecho traer de Nápoles algunos libros, y en el espacio de un par de semanas pasóse la noche leyéndolos, tomando apuntes, y sosteniendo con el médico largas y profundas discusiones, que por punto general concluían con estos ó parecidos términos:

— En resumen: es mi opinión que en el asunto de que se trata tienen los médicos muy poco ó nada que hacer.

— Veremos qué resultados alcanzas, — decía el médico.

Y se separaban para comenzar de nuevo la discusión al día siguiente.

En uno de ellos, después de haber hecho algunas preguntas al alcalde, el oficial hizo llamar al único sastre de la población, y después de haberse dirigido á la tienda del único som-

brerero, y más tarde á la del único mercero, pasados otros cuatro fuése á pasear junto á la orilla del mar vistiendo un traje completo de dril, corbata azul y gran sombrero de paja. Al encontrarse aquella noche con el médico, preguntóle éste:

— ¿Qué tal?

— Nada.

— ¿Ni un ademán siquiera?

— Nada, absolutamente nada.

— No importa: perseverancia.

— ¡Oh! lo que es esto corre de mi cuenta, — contestó resueltamente el oficial.

El administrador de rentas, que durante muchos años se había dedicado al canto, conocía y tocaba varios instrumentos. Cierta día el oficial se dirigió á su casa, y sin más preámbulos, le dijo:

— Deseo que me dé usted lecciones de guitarra.

Y el administrador, complaciente, puso desde el mismo día manos á la obra, y como las lecciones eran dos al día, y el teniente lo había tomado con empeño, en poco tiempo estuvo en disposición de acompañarle las canciones que cantaba.

— Usted debe tener buena voz, — le dijo un día el maestro al discípulo.

Teníala realmente, y en consecuencia aprendió á cantar, y no había transcurrido un mes cuando acompañándose con la guitarra, entonaba con una gracia y una elegancia que daba gusto oírle las más lindas y populares canciones sicilianas.

— Estuvo aquí, de guarnición, otro oficial, — decía á veces el administrador, — que cantaba también de un modo admirable. Una cancioncita, especialmente, que él mismo había compuesto, y cantaba casi siempre... ¿cómo era? ¿cómo era?... ¿A ver si puedo recordarla?... Comenzaba... ¡Y cuidado si la cantaba bien!... Comenzaba... Letra y música eran suyas... Comenzaba... ¡Ah, sí! ya recuerdo:

Carmela, ai tuoi ginocchi  
Placidamente assiso,  
Guardandoti negli occhi  
Baciandoti nel viso  
Trascorrerò i miei di.

L'ultimo dì, nel seno  
Il volto scolorito  
Ti celerò, sereno  
Come un fanciul sopito,  
E morirò così.<sup>1</sup>

— Repítala usted.

Y el administrador la repetía.

— Cántemela usted otra vez.

Y el administrador la cantaba.

Otro día, después de haber tenido una larga conversación con el estanquero, que tenía el despacho de tabacos al lado de su casa, fué á encontrar al sargento de carabineros, y le dijo:

— Según noticias, tira usted perfectamente el sable.

— ¿Yo, señor oficial? Fué esto en otro tiempo. Hace ya más de dos años que no he tirado.

— No importa. ¿Quiere usted que nos sacudamos el polvo de cuando en cuando?

— Con mucho gusto.

— Pues fijemos hora.

Y convinieron en ello, y desde aquel día cuantos atravesaban la plaza en las primeras horas de la mañana podían escuchar un gran choque de sables, acompañado de patadas, de gritos y de voces en la morada del teniente. Era que éste y el sargento practicaban la esgrima.

— Lo que es este experimento, — le dijo un día el médico al oficial, — podías habértelo excusado. ¿Ha dado algún indicio?

— Ninguno; pero nada se ha perdido con probar. Me dijeron que él tiraba todas las mañanas con el sargento, precisa-

<sup>1</sup> Carmela, sentado plácidamente en tus rodillas, mirándote en los ojos, besándote el rostro, transcurrirán mis días.— El último día, ocultaré en tu seno la cara descolorida, sereno como un niño dormido y así moriré.

mente á la misma hora, y que, no gustando ella del espectáculo, se bajaba á la plaza.

— No basta esto, amigo mío,— observó el médico.— No basta esto, y será preciso apelar á otros medios.

## VII

Había pasado un mes y medio desde que llegó el nuevo destacamento. Una noche el oficial estaba en su casa, sentado junto á la mesa al lado del médico, hurgando distraídamente con la punta de la pluma el pábilo de la bujía, en tanto que decía:

— ¿Cómo concluirá esto? ¡Cómo ha de concluir! Volviéndome loco también. Así es cómo concluirá. Me avergüenzo de mí mismo. Momentos hay en que se me figura que todo el mundo ha de burlarse de mí.

— ¿Burlarse? ¿Por qué razón?

— ¿Por qué razón? — repitió el otro para buscar la manera de responder.— Burlarse de mí... celo, de la compasión, de la lástima que me inspira esa pobre muchacha, y de lo inútil de mis pruebas y experimentos.

— Pues ni el celo ni la compasión son motivos para que las gentes se burlen. Digo, me parece.

Y fijando en su rostro una mirada escrutadora, añadió:

— Dime la verdad: ¿estás enamorado de Carmela?

— ¿Enamorado yo? — exclamó vivamente el oficial.

Y permaneció inmóvil, bien que ruborizándose hasta el blanco de los ojos.

— Enamorado, — contestó el médico.— Dime la verdad: háblame sinceramente. ¿No soy aquí tu único amigo?

— ¡Oh, sí! mas precisamente porque quiero proceder sinceramente, no debo decirte lo que no es.